



EL SUEÑO DEL SOLDADO.

Suena la retreta: brillan los fuegos del vivac; los centinelas se transmiten el quien vive; los soldados acostados sobre el campo de batalla se duermen hasta el amanecer.

Para los veteranos que tienen por patria la guerra, esta

noche es como cualquiera otra, una parada entre la gloria y la muerte; olvidados de lo pasado, inciertos del porvenir, hace tiempo que cifran su existencia en el presente.

¿Qué les importa ayer ó mañana? ayer pasó ya, mañana

17 DE JUNIO DE 1849.

tal vez no llegue nunca para ellos; bástales con gozar del día de hoy! — Echa de beber vivandera; gritan contentos. — ¡Centinelas! ¡avivad el fuego! — Poco después el veterano se envuelve en su capote, coloca la carabina al alcance de su mano, y apoyando la cabeza sobre su mochila se duerme satisfecho.

Pero para el recluta, el círculo de la vida no es aun tan estrecho. El presente no es para él mas que un punto casi indiferente entre dos infinitos que le seducen, el porvenir por la esperanza, lo pasado por el recuerdo.

Tambien duerme, pero en el reposo de sus sentidos la imaginación obra con mas actividad. Disponiendo de su memoria como de un teatro, se sirve para decoraciones de las imágenes de lo pasado y llama en su ayuda esos actores encantados del poema de la juventud; costumbres del hogar doméstico, goces de la familia, ilusiones de la infancia, sueños de los primeros años. El joven soldado vé revivir como por magia todo lo que ha perdido. Parécetele atravesar campiñas conocidas, oír á lo lejos la campana de su aldea, oler el perfume de las plantas que ondulan en la cima de la colina. He aquí el pequeño sendero que conduce á la iglesia, la fuente en que las muchachas se reúnen por la mañana; allí mas lejos ese humo que se escapa por entre las tejas; pero que le permite ver los contornos de una casa.... es la morada en que ha nacido, en que su madre le ha enseñado á conocer á Dios, sus hermanos á amarlos, su padre á conducir el arado; trabajo, ternura, piedad, todo lo ha aprendido allí! en el seno de la familia, de ese mundo en pequeño, que es el solo que sabe enseñar á vivir en el grande. Tales impresiones le impiden contener su emoción; lanza un grito de júbilo; llama por sus nombres á aquellos de quienes se habia separado derramando lágrimas; todos reconocen su voz, todos corren hácia él con trasporte; su jóven hermana le estrecha en sus brazos; sus hermanillos le saltan al cuello; las exclamaciones se confunden, los nombres se cruzan, las preguntas se multiplican sin dejar tiempo á las respuestas. ¡Confusion encantadora! ¡seducción del regreso á un punto de buenos recuerdos, que nadie deja de experimentar, y que con nada puede compararse!

Duerme, soldado, y prolonga tu sueño dichoso; toma de nuevo posesion de tus costumbres de tiempos felices; sigue á tu hermano á los establos para que te muestre la novilla cuidada por ella, y que debe dentro de poco suministrar alimento á la familia; vé á visitar con tu padre los trigos que comienzan á inclinar sus verdes espigas; enseña á tu hermano, crecido en tu ausencia, cómo se espeta la caza en acecho, y de qué manera debe unirse el yugo á los bueyes de labor. Háte aquí vuelto á tu reino; á tí te toca suplir las fuerzas desfallecidas de tu padre, y conducir todo mientras él se entrega al reposo cerca del hogar.

Pero los fuegos del vivac palidecen; el horizonte se aclara, las tiendas de los jefes se dibujan sobre el azul del cielo. Un ruido extraordinario de cajas y cornetas se hace oír; es el toque dísna! Adios la morada natal, las caricias de la familia, los dulces y tranquilos trabajos de la vida doméstica! ¡El soldado se ha convertido en obrero de guerra, cuya obligacion es matar ó morir!

Levántate recluta, abandona los recuerdos de tu país; para tí no hay ya mas familia que tu regimiento que prepara las armas; el campanario de tu aldea se ha convertido en la bandera destrozada por la metralla, cuya punta se mira aun enrojecida con la sangre que corrió abundante el día anterior y correrá de nuevo en el que amaneca. ¡Plegue al cielo jóven soldado que tu primer sueño no sea el de la muerte!

MAXIMAS.

Luchad contra el desaliento. — Conservad vuestra calma. — Emplead vuestros ócios en el estudio, y tened siempre alguna obra entre manos. — Sed puntual y metódico en los negocios, y aprended á economizar el tiempo. — Haced respetar vuestra propia dignidad, sin que tenga la apariencia de orgullo; el esterior es de alguna importancia en el mundo; para ciertas personas lo mas importante. — Sed reservados en vuestros discursos, prudente y lento al hablar. — Resistid á dar satisfacciones á quien no tiene derecho para interrogaros. — Sed estrictamente sobrio, y tened presente en todas vuestras acciones que debéis dar cuenta de ellas.

LA INDEPENDENCIA FILIAL.

COMEDIA EN TRES ACTOS EN PROSA, TRADUCIDA DEL FRANCÉS

por D. J. E. Martzenbuesch.

ACTO PRIMERO.

El teatro representa un cuarto de estudio. A la izquierda un armario de libros, en el fondo una ventana abierta, y delante de ella una mesa con una esfera, libros y recado de escribir.

ESCENA I.

LUISITO, sólo.

(Aparece escribiendo sentado á la mesa: un momento después se levanta con la pluma en la mano, aparta con despecho la silla, y dice:)

¡Maldito sea el latin y el que lo inventó! Imposible que yo salga con la traduccion que me han echado de Cornelio Népote. Cuidado, que ya hace dos horas que ando á vueltas con ella... ¡pero es tan dificultosa, tan enrevesada! Pues entre vd. luego con el francés, la geografía, la historia de España, la aritmética... Es el cuento de nunca acabar. Siempre está uno pegado á los libros; no hay hora sin enseñanza, no hay momento sin ocupacion. Y todo; para qué? Para ser el día de mañana un abogado vocinglero, ó un matasanos que no tenga á quien matar. ¡Vaya una cosa divertida! ¡Cuanto mas me gustaria á mí ser un militar á la tremenda, con un caballo como el del Retiro, una espada como la de Guzman en la Pata de Cabra, un bigote de á palmo, plantarme delante de un batallon, y decir, contoneándome, con una voz de becerro: «de frente, paso redoblado, marchen... ¡uu!» Pero volvamos á la tarea; no asome por ahí miayo don Vicente; ¡qué es tan rigoroso el buen señor! (Vultrese á sentar, y escribe.)

ESCENA II.

D. VICENTE, con un libro abierto en la mano.—LUIS.

VICENTE. Buenos días, Luisito.

LUIS. (con displicencia.) Téngalos Vd. muy buenos.

VICENTE. Parece que esta mañana se halla Vd. de buen humor.

LUIS. (como antes.) Sí, pues tengo motivos para ello. No goza uno de un momento de libertad.

VICENTE. En Vd. consiste: si no dejase Vd. siempre sus tareas para la última hora, no tendría en ella tanto que hacer.

LUIS. ¿Si querrá Vd. decir que soy un haragan?

VICENTE. No diga tal cosa: es Vd. diligente, pero por capricho: es Vd. estudioso, pero sin constancia; y por añadidura es Vd. orgulloso, testarudo, y se enfurruña á cada instante.

LUIS. ¡Ay, si yo tuviera la fortuna de estudiar en la universidad de Madrid, como mis vecinos Perico y Serapio...!

VICENTE. Cierto: esos chicos no tienen la desgracia de ver á su lado un preceptor que les diga verdades acerbas, y que los corrija cuando lo merecen. En saliendo del aula pueden hacer cuantos disparates les ocurran; y esta libertad es la que Vd. echa menos. Tiempo há que observo la influencia que los consejos de esos niños ejercen en Vd., y por lo mismo no estrañará Vd. que dé cuenta á papá.

LUIS. ¿Tambien me quiere Vd. privar de la compañía de mis amigos?

VICENTE. Lo que yo quiero es cumplir mi obligacion como hombre de bien. Pero, Luisito, ¿por qué ha puesto Vd. la mesa delante de la ventana? ¡Cuántas veces se lo he prohibido á Vd.!

LUIS. La he mudado porque veo aqui mejor.

VICENTE. Ese es un pretexto: lo que Vd. quiere es registrar lo que pasa en la calle. Haga Vd. el favor de volver la mesa á su sitio.

LUIS. Pero ¿qué mas dá que esté delante de la ventana, ó que esté en otro lado?

VICENTE. Dá mas, porque ahí se distrae Vd.

LUIS. Sí, ¡buena distraccion nos dé Dios!

VICENTE. Ya sabe Vd., Luisito, que no gusto de contesta-

ciones. Su obligación de Vd. es obedecerme sin réplica.
LUIS. (*Levantándose cólerico y mudando la mesa.*) Pues bueno, yo le obedeceré á Vd., ya que no tengo otro recurso, porque Vd. es el que puede más; pero le declaro que no reconozco en Vd. derecho para mandarme; que le aborreceré como á un hombre injusto; y que he de decir en todas partes que es Vd. un déspota. (*A lo último de esta escena aparece don Alfonso á la puerta del cuarto.*)

ESCENA III.

D. ALFONSO.—*Dichos.*

ALFONSO. ¡Muy bien, Luisito! ¿Con qué Vd. cree que no hay derecho para mandarle?

LUIS. (*confundido.*) Papá, yo no hablaba con Vd.

ALFONSO. Con nadie sino conmigo, porque la autoridad que don Vicente ejerce sobre Vd., se funda en la mía que le he delegado. ¿No lo sabía Vd., señorito?

LUIS. ¡Pues qué, papá! ¿debo yo obedecer al señor como á Vd.?

ALFONSO. Si señor, y si le desobedece Vd., á mí es á quien desobedece.—Con que, á ver, dime que injusticia es la que yo como mandádoté, para repararla en seguida.

LUIS. (*cortado.*) Yo, papá...

ALFONSO. Nada, nada, habla sin rebozo.

LUIS. Pues mire Vd.; yo no digo que Vd. cometa injusticia ninguna conmigo; pero no acierto á comprender por qué razón de justicia han de poder los padres mandar á sus hijos lo que se les antoje; porque al fin y al cabo también los hijos tienen su voluntad y su libre albedrío.

ALFONSO. Probablemente será porque faltando á los niños el entendimiento y buen juicio suficientes para gobernarse por sí, es necesario que sus padres suplían esta falta por ellos.

LUIS. Pero á mí me parece que si los muchachos no se saben ó no se quieren gobernar bien, eso es cuenta suya; allá se las avengan.

ALFONSO. ¿Luego tú crees que si á un niño de dos años se le antoja meter la mano en la lumbre, ó subirse á una ventana con riesgo de estrellarse, no hay derecho para impedirlelo?

LUIS. ¡Buena diferencia va de un caso á otro!

ALFONSO. Yo no hallo ninguna: tan respetable me parece la voluntad de una criatura de dos años como la de un muchacho de doce: ambos pueden hacer desaciertos, aunque de diferente género, que exigen se vigile tanto al niño como al muchacho.

LUIS. Hum... Alguna razón de peso habrá en contra, aunque yo no atine con ella.

ALFONSO. Pues vaya, Luisito: tú no quieres que yo te obligue á hacer lo que te conviene; tú no quieres que te mande: ¿no es verdad?

LUIS. No digo yo eso.

ALFONSO. Aunque no lo digas, yo lo conozco; y como yo quiero yo que me tengas por hombre injusto, te prometo no mandarte nada, hasta que tú me lo veas á rogar.

LUIS. ¿Hasta que yo le ruegue á Vd. que me mande? Pero, papá, ¿no ve Vd. que yo no se lo rogaré nunca?

ALFONSO. Eso el tiempo lo dirá, querido: yo gusto de tener esta humorada, y desde ahora me despojo de toda mi autoridad hasta el momento en que me pidas que vuelva á recobrarla. Usted, señor D. Vicente, tendrá que hacer otro tanto, porque sus derechos de Vd. cesan con los míos.

VICENTE. Por supuesto: haré cuenta que estoy de vacaciones.

ALFONSO. Conque, Luisito, ya nadie te manda; usa á tus anchuras de tu libertad, y cuida de no renunciarla sino cuando estés bien persuadido de que no te conviene; porque te prevengo que yo entonces usaré en desquite de mi autoridad sin reparo ninguna. (*Vase. Mientras don Alfonso hablaba á su hijo, D. Vicente se ha sentado y puesto á leer.*)

ESCENA IV.

D. VICENTE. **LUIS.**

LUIS. (*Mirando á su padre al retirarse.*) ¡Pero qué! ¿Va de veras?

VICENTE. (*Leyendo.*) No suele papá chancearse en asuntos tan serios.

LUIS. (*Con alegría.*) Pues entonces voy á aprovecharme de

mi libertad.... ¡pero bien! (*Coloca la mesa delante de la ventana, mirando si D. Vicente le observa.*) Vaya un par de briquitos. (*Tiende una silla en el suelo y la salta.*) A la una le daba la mula: bien. A las dos le daba la coz. (*Pone otra silla, va á saltarlas y se da un portazo.*) ¡Ay, ay! y buena coz que me he dado! ay! qué daño me lo hecho! (*Levántase D. Vicente y hace que se va.*) ¿Se marcha Vd. D. Vicente?

VICENTE. Voy á leer á otra parte donde no haya este estrépito infernal.

LUIS. Quédese Vd., quedese Vd., que yo no quiero echarle del cuarto. Si voy luego á despachar mis tareas.

VICENTE. (*Sentándose.*) Como Vd. guste; yo nada tengo que mandarle.

LUIS. Y luego nos iremos á pasear, ¿eh?

VICENTE. ¡Yo con Vd! No por cierto.

LUIS. ¡Calla! ¿Y por qué?

VICENTE. Porque se le puede á Vd. antojar andar mas de prisa que yo, echar á correr, tomar otro camino que el mío.... mil cosas. Y no me divertiría el andar tras de Vd. arriba y abajo.

LUIS. No, yo le prometo á Vd. andar á su paso, y además ir donde Vd. quiera.

VICENTE. Sí, pero podría ocurrirle á Vd. algun capricho desatinado, al cual debería oponerme; y como ya no puedo, no quiero proporcionarme un disgusto.

LUIS. Me obligo también á obedecer á Vd. mientras el pasee.

VICENTE. Corriente: voy á decir á papá que renuncia Vd. al convenio y que vuelve á entrar bajo nuestra autoridad.

LUIS. No señor, eso no: mientras paseamos, y nada mas.

VICENTE. ¿De modo que no solo quiere Vd. hacer su santa voluntad, sino sujetarme á ella? Amiguito, eso pasa de raya. O recobro yo completamente mis facultades, ó no se pasea Vd. conmigo; elija Vd.

LUIS. (*Con enfado.*) Mi padre quiere que yo me pasee.

VICENTE. Pero no exige que yo le acompañe á Vd., cuando de nada puedo servirle.

LUIS. Yo pensaba que Vd. me quería mas, señor D. Vicente.

VICENTE. Le quería á Vd. antes, porque podía enseñarle á ser bueno, y Vd. me necesitaba. Pero ya sabe Vd. que no necesita de mí: Vd. sabe manejarse por sí propio.

LUIS. (*Con disgusto.*) Para eso lo mismo da ser libre que no serlo. Bien que ¿quién me quita elirme solito á paseo?

VICENTE. Por supuesto que nadie. Vd. es libre; á Vd. nadie le manda.

ESCENA V.

PERICO, SERAPIO.—*Dichos.*

PERICO y SERAPIO. (*Que salen corriendo.*) Buenos días, traga-libros, buenos días.

LUIS. (*Dándole la mano.*) Buenos días, amigos; me alegro muchísimo de veros.

PERICO. Hoy es día de asueto, vamos á pasear, y venimos á saber si quieres acompañarnos. Pero ¡ah! que estás ocupado con tu maestro: abur, abur; que no queremos distraer de sus estudios á un niño tan juicioso, (*riéndose*) ¡ah, ah, ah!.... y tan aplicado.

LUIS. No tienes que hacer burla de mí, Perico; yo soy libre, si señor, y un poco mas que vosotros, porque puedo hacer toda lo que me dé la gana. Si no, que lo diga D. Vicente.

VICENTE. No hay cosa mas cierta, señoritos, D. Alfonso ha dado á su hijo entera libertad y yo ya no tengo poder ninguno en él; porque ya ven Vds. que Luisito no es un muchacho.... es un hombre ya.... ni mas ni menos que Vds. Luisito no necesita que le lleven de los andadores, porque sabe gobernarse como el mas estirado.... Y por eso ya nadie le manda. ¿No digo bien, Luisito?

LUIS. ¿Lo oís?

SERAPIO. ¡Cosa rara! (*A Perico á parte.*) Apostaría que D. Vicente se está chulcando con él.

PERICO. Siendo así, vas á venirte con nosotros. Nos vamos á divertir, lo que se llama en grande. Vamos á ir adonde estuvimos el domingo pasado. Allí juegan á la rayuela y á los bolos toda casta de gentes, allí juran como carreteros, allí anda la paliza que canta la gloria: en fin, allí se goza el mejor rato del mundo.

SERAPIO. Fuma uno, bebe buen moscatelillo.... Ya verás, ya verás.

LUIS. Pues, chicos, eso á mi maldita la gracia que me hace.

PERICO. No importa, ven. Si te digo que te has de divertir como un duque.

SERAPIO. (Dándole una gorra que habia en una silla). Aquí tienes tu gorra: ten. Vamos, vamos.

PERICO. ¡Lo que vamos á reir!

LUIS. Abur, señor D. Vicente.

PERICO. Abur, señor D. Vicente.

SERAPIO. Abur, señor D. Vicente. ¡Cómo nos vamos á divertir! (Vánse los tres corriendo).

ESCENA VI.

D. VICENTE.

Pena me da verle ir con esos locos, que no dejarán de hacerle tomar parte en alguna diablura. Perico y Serapio son dos muchachos, cuya educacion ha sido descuidada; están hechos á la briba, y ni tienen respeto á sus maestros, ni ganas de aprender. D. Alfonso, únicamente por consideracion á los padres de esos chicos, que son muy amigos suyos, tolera que frecuenten esta casa y jueguen con Luisito; pero esto no puede durar. ¡No es nada el resultado que tales ejemplos pueden tener!

ESCENA VII.

D. ALFONSO.—D. VICENTE.

ALFONSO. ¿Con que se le llevaron?

VICENTE. Y sabe Dios dónde.

ALFONSO. Yo tambien lo sé. Al bajar la escalera he oido decir á esos tronerillas que iban á Carabanchel. Supongo D. Vicente, que ha adivinado Vd. el fin que me propongo con esta determinación.

VICENTE. Si tal, y le apruebo, porque no dudo que produzca un efecto saludable en el ánimo indócil del chico; él no podrá menos de incurrir en alguna falta, y entonces se verá precisado á recurrir á Vd., y rogarle que vuelva á revestirse de su autoridad.

ALFONSO. Ese es mi objeto; pero para conseguirle cuento con Vd.

VICENTE. Cuanto yo pueda....

ALFONSO. ¿Le parece á Vd. que seria bueno seguir los pasos á esos tres locos?

VICENTE. Iba á hablar á Vd. de eso mismo.

ALFONSO. Pues si á Vd. no le incomoda, vámonos inmediatamente á Carabanchel.

VICENTE. Al momento. ¡Quiera Dios que salgamos con nuestro designio!

ALFONSO. Pierda Vd. cuidado, que la leccion no será perdida. (Vánse).

FIN DEL PRIMER ACTO.

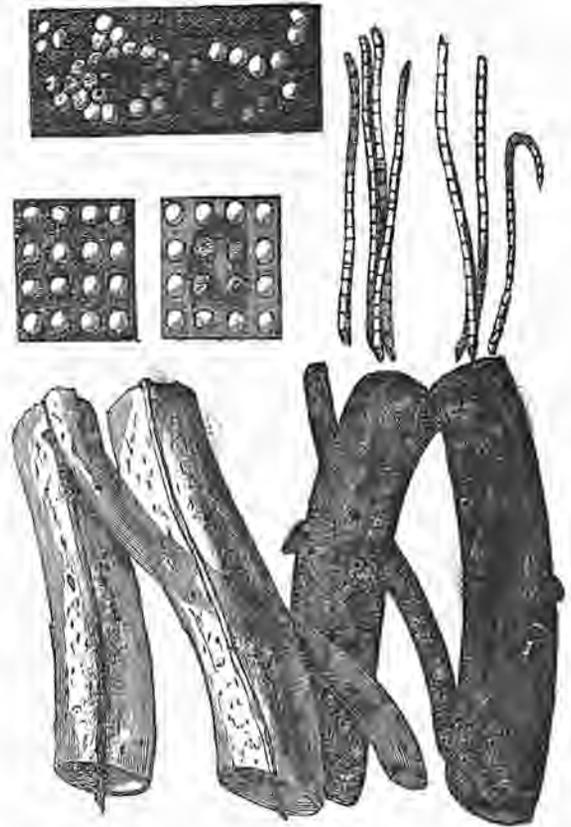
La sangre y los cabellos.

El santo rey David esclama: «Miedo y admiracion me causa la organizacion de mi cuerpo.» Despues de lo cual continúa dando gracias á Dios. Habrá quizá quien viva en la creencia de que nuestra sangre se compone de una sola sustancia, y por lo tanto quien se admire al saber que se reconocen en ella muchas muy distintas y diferentes todas entre sí. La sangre extraida del cuerpo se divide poco tiempo despues en dos partes; una de ellas es un fluido claro y transparente, la otra una sustancia de color subido y casi tan sólida como la carne. Al cabo de mayor espacio, la parte sólida se divide aun en materia blanda y blanca, formándose tambien multitud de globulillos rojos, perceptibles únicamente con el auxilio del microscopio. Pues bien, las partes todas del cuerpo, la saliva, las lágrimas, la leche, los cabellos, las uñas, los huesos y los dientes provienen de la sangre; y como todas estas cosas se componen de una multitud de fibras ó hilos ligados entre sí habria quien creyera que la numerosa reunion de estos glóbulos las forma todas. Al hacer pedazos un trozo pequeño de carne bien cocida, se la verá dividirse como una madeja de hilo, véase el grabado, y en él podrán observarse

bacia la derecha algunas fibras vistas al microscopio, hallándose mas arriba los glóbulos reunidos de que se componen; y estando en la parte inferior diseñados dos filas de glóbulos circundados por una piel roja, y otros que no lo están.

Las figuras grandes representan la estructura de un cabello, no menos digno de ser estudiado. Cada uno de nuestros cabellos forma un tubo delicado, á cuya estremidad se advierte una protuberancia, semejante á la bulba de una flor, que lo sostiene adherido á la piel. En los jóvenes, está lleno este tubo de una materia blanda, de color subido, que es la que dá á cada cual un matiz distinto en el pelo; pero en llegando á edad muy avanzada, la materia colórea se transforma en médula disecada que se estiende por la parte interior, y el tubo, no teniendo color en sí mismo, aparece de un blanco argentino. Un ejemplo de esto es el que se presenta en las tres figuras de la izquierda.

Los cabellos de algunos animales tienen tan poca relacion con los nuestros, que casi nos hallamos inclinados á negar que exista entre ellos analogía alguna. En muchos, no obstante, podemos observar con mayor certeza que son tubularios. Las plumas de los pájaros son tambien cabellos, bajo diferente forma, viéndolos de hecho huecos en la parte llamada *cañon*, segun ya lo hemos indicado; en tanto que en el erizo de nuestro pais, y mas aun en el puerco-espín, se ven puntas huecas y duras en lugar de cabellos.



LA VELADA DEL HELECHO.

EL DONATIVO DEL DIABLO.

Novela.

II.

¿Permaneceréis con nosotros hasta el fin de la velada, Arnoldo? dijo la bella Ida. ¿Habeis pedido permiso al conde para estar fuera del castillo hasta las doce?

—No lo hubiera alcanzado, respondió el page. El señor de Montsalvens tiene por costumbre decir *no* á todo lo que se le pide; pero me he fugado del castillo y entraré como salí, sin ser visto de nadie. Tengo modo de hacerlo, aunque á la verdad algo arriesgado.

—Pues sabed que no quiero que os arriesguéis á nada para verme: por mucho que me haga padecer vuestra ausencia la sufriré sin quejarme á trueque de que no hagnis ninguna locura, Késsman. Vuestro señor me parece un mal hombre. No lo he visto sino una vez que andaba de cacería con otros propietarios de los alrededores; pero os confieso que me hizo muy desagradable impresion su figura alta, que me hizo muy desagradable impresion su figura alta, flaca, acartonada, tan amarilla, tan seria y protuberante dos ojos negros y hundidos bajo la ancha y protuberante línea de sus cejas grises y encrespadas. Apostaría cualquier cosa á que jamás se vé asomar la risa á los labios de vuestro conde, y á que apenas conocen su voz las gentes de sus dominios. Pues no; los condes de la Gruyere, con ser tan grandes y poderosos señores como son, no tienen el orgullo de vuestro áspere Montsalvens. He ido algunas veces á llevar flores y natas á la hermosa condesa, porque habeis á llevar flores y natas á la hermosa condesa, porque habeis de saber, Arnoldo, que, aunque somos villanos, los ilustres condes de la Gruyere fueron padrinos míos, como que mi madre, que Dios tenga en su gloria, dió de mamar con sus pechos á la señorita Matilde, que es mi hermana de leche y que me quiere de todo corazón: si por cierto; siempre que voy al castillo me dice que el día que me case me hará un gran regalo de boda. Oh! nosotros los Kéllers estamos muy bien quistos de la nobleza; mi padre la dice así con frecuencia. Si mucho nos aprecian los condes de la Gruyere, más todavía el baron de Charmey. ¿Conocéis al baron de Charmey, Arnoldo?

—Su castillo no está distante del de Montsalvens, Ida, pero no recuerdo haber visto nunca al baron. Creo que viene rara vez á sus posesiones.

—Sus posesiones!... no son muy vastas por cierto, aunque dice mi padre que su casa ha sido opulenta y que aun debia serlo hoy día. En todo el país se murmura de vuestro señor, porque se ha apropiado dominios muy pingües que le corresponden al baron.

—Esas son habladurias, porque bien debéis conocer que no se dejaria despojar tan tranquilamente el baron de Charmey, si tuviera en realidad los derechos que le supone el vulgo. He oído decir que cuando el conde heredó el señorío á que haceis alusion, que es por cierto uno de los mejores de la Helvecia, intentó disputárselo el tal baron, pero pronto debió convencerse de que era su pretension injusta, pues se apartó de ella y no ha vuelto á pensar en renovarla.

—Es verdad, Késsman, muchas veces se ha admirado mi padre de esa conducta del señor de Charmey, y él la llama incomprendible: porque nadie le podrá convencer de que no tiene derechos incontestables á los dominios en cuestion. Pero ya veis, el baron es jóven y un poco mala cabeza, segun dicen; así es que no se cula de hacerlos valer y solo piensa en divertirse. Os aseguro que me alegraría mucho de que tuviese mas prudencia, porque es tan amable, tan franco!... habla con los villanos como si fuesen sus iguales y todos lo quieren como á las niñas de sus ojos. Mi padre, sobre todo, le tiene una ley!... es verdad que bien la merece, pues los Kéllers siempre han sido muy favorecidos por los señores de Charmey. Mi difunta madre era hija de un montero del viejo baron (que Dios haya perdonado), y el dicho montero mi abuelo (que tambien descause en paz), tuvo una vez la dicha de salvar la vida á la señora baronesa Eleonora, que dicen era la mas hermosa dama de su tiempo. Os contare si quereis la ocasion y el modo de prestar mi abuelo tan importante servicio á la casa de su amo.

—Dejado para otro momento, mi querida Ida. ¡Alcanzo tan raras veces la felicidad de poder hablaros! Decidme solamente si habeis pensado en mi algunos minutos durante tantos dias que hemos pasado sin vernos.

—Y qué! necesitais preguntar eso, ingrato! exclamó la jóven dándole un golpecito sobre las manos con el ramillete de flores que tenia en las suyas.

—No, mi bien, sé que me amas: pero ¡oh! Ida! ¿no hay esperanzas para nosotros? ¿nunca, nunca has de poder llamarle mia? Este pensamiento ha de volverme loco.

—Dios es Todopoderoso, Késsman, repuso ella suspirando: ¿por qué no hemos de confiar en su bondad infinita?

—Ida! soy pobre, la seré siempre, y vuestro padre (perdonadme el decirlo), vuestro padre es codicioso. Jamás dará su hija, él mismo lo asegura, á un hombre que no sea tan rico como él.

—Pero vos sois noble, Késsman, y como mi buen padre es tambien algo vano...

—Noble!... decís que soy noble!... ¿sé yo por ventura lo que soy? Es cierto que algunas veces me dice el conde: «Arnoldo, eres muy inclinado á la canalla y es preciso que te corrijas; porque tienes en las venas sangre muy ilustre.» Pero yo no he conocido nunca á mis padres: desde muy niño me hallé recogido como por caridad en casa de Montsalvens. No conozco á nadie por estas cercanías que tenga el apellido que á mí me dan, y que no sé á qué familia pertenece. ¡El conde es tan intratable! por mas que me he aventurado en diversas ocasiones á hacerle preguntas sobre mi nacimiento, solo he podido saber que soy huérfano, que no poseo nada en el mundo, y que aunque mis padres no estaban autorizados por el cielo para darme la vida, eran personas de un rango tan elevado que no debio avergonzarme de mi origen. Esto me dicen; esto creen, sin saber los fundamentos de su creencia, las personas que me conocen; pero ni yo mismo, Ida, puedo estar seguro de que sea cierto, y aun dando por hecho que lo sea, ya veis que mi suerte no es ciertamente envidiable.

—Sabed, Késsman, que no falta quien piense que sois hijo natural del mismo conde de Montsalvens, y como no los tiene legítimos bien pudiera suceder... pero no; yo estoy cierta de que no es vuestro padre ese odioso conde. ¿Vos tan hermoso y tan bueno habríais de proceder de un hombre tan feo y tan malo?

—Sonrióse el pagé y respondió. Sois muy lisonjera conmigo y muy severa con mi protector, querida nina: pero creo como vos que carece de toda verosimilitud la suposicion á que os referís. No, el conde de Montsalvens no es mi padre: el corazón me lo asegura. Siempre he creído firmemente en el presentimiento interior que llaman *voz de la sangre*. Si yo viera á mi padre adivinaria que lo era. Mas hablemos del vuestro, Ida. ¿Teneis alguna esperanza de que pueda ablandarse en favor nuestro?

—No puedo negaros que lo considero milagro, y que por tanto solo lo espero del poder y de la piedad divina. Mi padre no os mira con buenos ojos desde que ha sospechado que me amais, y ayer mismo me habló con un tono que no acostumbra usar conmigo, espresándose terminantemente que casaria de ser un buen padre si llegaba á conocer que sé me pasaba por el pensamiento la loca idea, así dijo, de casarme con vos.

—Ya lo veis, Ida!... exclamó el jóven con profundo dolor: no hay para mí ninguna esperanza de felicidad en la tierra!... morir, solo morir es lo que debo anhelar.

—No os desalenteis así, mi buen Arnoldo, le dijo la doncella esforzándose por ocultar una lágrima que temblaba á pesar suyo en sus hermosos párpados. Escuchad! hablámos hace un instante del baron de Charmey, y no sin idea os he hecho su elogio; porque os confieso que he pensado mas de una vez en implorar su poderosa mediacion en favor de nuestros amores. Habeis de saber que cuando fuimos mi padre y yo á felicitarle y á ofrecerle nuestros respetos la última vez que estubo en su castillo, me dijo muy bajito al despedirme. «Ya sé por William (William es su conserje, querido Késsman). Ya sé por William que un buen mozo delira por tus ojos y que el papá no se muestra propicio: cuenta con mi apoyo cuando la necesites.» Por desgracia dejó el castillo dos dias despues, hace ya dos meses, y aun no ha vuelto, á pesar de que le decia en aquella ocasion á mi padre. «Mi gordillon! resérvame un jarro de vino y el mejor pedazo de tu queso la noche de la velada de San Juan, pues te advierto que tengo vivos deseos de visitar tu chalet en aquella época de su gloria.

No presteis crédito, ángel mio, á las promesas de los grandes señores, porque tan pronto son en hacerlas como en olvidarlas. Además, Ida, por grande que pueda ser el respeto de vuestro padre por el baron de Charmey, no condescenderia en dar su hija única á un pobre manco como yo, sin porvenir en el mundo. Necesito ser rico y no puedo serlo. ¡Oh! no podeis imaginar cuán devorante es esta sed de oro que el amor ha despertado en mí alma! Daría mi vida por un solo día de riqueza, porque ese día, Ida, lo pasaria en vuestros brazos. Dios mio! perdonadme! pero momentos ha hablado en que creo que hubiera pagado el oro á precio de mi salvacion eterna.

—No digais eso, Arnoldo! oh! no digáis eso nunca! Yo quiero que me ameis mas que á todas las cosas del mundo, pero no consiento en que me prefirais á vuestra felicidad.

dad en la otra vida. No obstante todo lo que nos aflige yo tengo el presentimiento de que...

La joven no había acabado su frase cuando una de las puertas de la pieza en que se hallaban se abrió de repente con estrépito, y entró por ella un gallardo joven de hasta 26 años, en traje de cazador, dejando oír al mismo tiempo la concurrencia esta exclamación unánime. El señor baron de Charmey!

—El mismo en persona: respondió el nuevo personaje, apoderándose sin ceremonia de una de las sillas próximas á la mesa. Héme aquí, mi rollizo Kéller, vengo en busca de la parte de tu refacción que te encargué me reservaras. No os molesteis por mí, buenas gentes, añadí al ver que se mantenían en pie los circunstantes: volved á ocupar vuestros asientos y continuad divirtiéndos como mejor os plazca; mientras yo reconozco por mí mismo si el buen papá Juan Bautista tiene, como se asegura, los mejores quesos y los mas añejos vinos del país.

Acabando estas palabras empezó á comer y á beber con muestras de muy buen apetito, si bien echando investigadoras miradas por su alrededor, hasta que descubriendo á la bella Ida las detuvo en ella diciendo con galantería. —Baudita sea por el glorioso San Juan la rosa de Neirivue, la estrella del Moleson, la gloria de las doncellas! brindó por la salud de Ida Kéller. —Y desocupó de un solo trago los restos de un ánfora que tenía delante.

Kéller se apresuró á acercarle otra enteramente llena, haciendo además junto á ella todos los estíbulos de tortas, y los diferentes platos de mantecas y quesos que quedaban en la mesa, no sin espresar al mismo tiempo cuán sensible le era no los hubiese comenzado su ilustre huésped, y que si se dignaba aguardar un instante se traerían nuevos manjares mas exquisitos é intactos.

No hagas tal, mi buen gordillon, no hagas tal, decía, á esto el joven cazador: los restos de tu refacción bastarian para abastecer por muchas semanas la cártuja de Val-Sainte, fundada por mi digno abuelo el baron Gerardo de Corbières. Bebo segunda vez á la salud de todos los de la velada, y en particular por la de la persona que sea mas grata entre todas á los bellas ojos de Ida Kéller.

—Os ha mirado, Arnoldo! dijo en voz baja la doncella á su amante.

—A vos es á quien mira demasiado, Ida, respondió el joven dominado por cierto impulso de celos.

—Os engañais Kessman: he notado que sus ojos se han detenido en vos.

—Si: porque estoy á vuestro lado, Ida.

—Mirad, mirad ahora con disimulo: aunque está hablando con el viejo Nicolás Bull, os echa unas ojeadas!...

—Acaso no le agrade que esteis hablando conmigo.

—¡Cá! ¿con que ha brindado por aquel á quien yo veo con mejores ojos, y pensais que los suyos os miran con desagrado?

Arnoldo no contestó; pero á pesar de la hermosa y simpática presencia del joven baron, y de la llaneza casi excesiva de su trato, se sintió poco dispuesto á participar del orgullo y la satisfacción que causaba en todos aquellos campesinos ver á un gran señor alternando con ellos. Kéller sobre todo, en quien recaía la mayor parte de tan extraordinaria honra, no cabía en sí de gozo, y tan trastornado lo puso la alegría que rompió seguidamente dos grandes ánforas llenas de vino, de cuyo contenido hizo partícipes á los vestidos del mismo Charmey y de otros varios de sus convidados. Todo empero se le perdonaba en circunstancia tan rara como gloriosa.

Cuando hubo dado fin el baron á la doble ración de queso que el mismo se sirviera, sazónandola con repetidas fibaciones, dijo volviéndose al ganadero. —Ya ves que soy fiel á mi palabra, pues he venido á tomar parte en tu fiesta Dios sabe desde que distancia; y luego ¡qué tiempo! ¿Sabéis mis buenos amigos, añadió dirigiéndose á la reunion, que hace una noche horrible para los que intenten velar el helecho este año? Vosotros al menos velais debajo de un buen techo, y cuando apriete el frío, que ya va haciéndose sentir, teneis un abundante fuego que he visto encender á mi llegada.

Cuando vuestra señoría lo disponga, dijo Kéller, nos acercaremos á él: pero me sorprende, señor baron, que tengais noticia de la velada del helecho, pues creia que solo nosotros, las gentes del pueblo, teniamos conocimiento de esas costumbres vulgares.

Permitidme observar, vecino Kéller, repuso otro ganadero llamado Tomás Huber, que pasaba por hombre muy instruido entre sus compañeros, que esa costumbre á que aludis ha dejado de existir hace mucho tiempo; y tan es así que acaso muchos jóvenes de los que se hallan presentes no tienen ni aun noticias de ella.

—Yo sí! yo sí! yo tambien! exclamaron muchos pastores y zagalas.

—No está tan olvidada como pensais la velada del helecho, señor Huber, dijo entonces el anciano Nicolás Bull. Sin ir mas lejos, os puedo asegurar que diez personas la hicieron el año último, y que no creo falten algunas que la hagan en este, á pesar de la tempestad que aumentará los horrores del camino de Evi.

—¿Conoce vuestra señoría, preguntó Kéller á su noble huésped, todas las particularidades de la tradicion de que se habla?

—Mejor sin duda de lo que crees, contestó aquel; pero pues me brindabas hace poca con el calor de tu hogar, vamos allá y me contareis todo lo que vosotros sepais de esa antigua costumbre, que sentiria hubiese caido en desuso, como afirma el buen Tomás; pues tengo grandísima inclinacion y singular respeto por las viejas tradiciones.

El baron se levantó, se acercó á Ida, la ofreció un brazo, no sin mirar antes al joven Kessman con inefable expresion, y toda la compañía fué á instalarse alrededor de la gran chimenea, en que chisporroteaba la gruesa leña de encina invadida por las llamas.

—No sé, dijo entonces Kéller sentándose en frente de su ilustre huésped, ni creo que pueda nadie saber, desde qué tiempo data precisamente la popular creencia, cuyas particularidades desea conocer su señoría; así como tampoco podriamos decir su origen: lo cierto es que de padres á hijos se ha transmitido durante muchas generaciones, y que, segun ella, es cosa notoria que la vispera de mi glorioso patron, cuando se cubren de helecho — planta hija de las sombras y de la humedad — los bordes del precipicio que llaman los de la tierra camino de Evi, precisamente á la mitad de la noche aparece en aquel lugar el mismo Satanás en persona, y mediante ciertas condiciones enriquece cada año á aquel ó á aquellos que se encuentren velando el helecho en un parage cubierto todo por dicha planta.

—¿Y no se saben cuales son las condiciones que impone el diablo á los que alcanzan sus donativos? preguntó el baron que parecia tratar con seriedad é interés aquel asunto, ridiculo probablemente á juicio de nuestros lectores.

—Solo se dice, repuso Juan Bautista, que la persona agraciada debe hallarse completamente sola y en profunda oscuridad, y no faltaba antes quien asegurase que el demonio exigia además se le entregase un papel, y que en aquel papel escribía, para hacerlo constar á su debido tiempo, la compra que hacia de aquella pobre alma.

—¿Dios mío! exclamó Ida estremeciéndose: ¿luego se condenaba para siempre quien recibia el donativo?

—El diablo no regala nunca, niña mia, dijo con acento grave el anciano Nicolás: solo hace cambios en provecho propio. Cualquiera que acepta los dones de aquel perverso espíritu, queda esclavo suyo por toda la eternidad.

—Yo no lo entendia así, dijo el baron: pensaba que ese donativo era un castigo que imponia Dios á Satanás, obligándole á ser generoso á su despecho, y á festejar el dia del santo precursor de Jesucristo. Tengo razones para creer que no son honestos sus dones para quien los recibe en tan fausta ocasion, y que el papel que exige no debe ser mas que una prenda que, depositada ante el trono de su juez, pruebe hallarse cumplida su sentencia.

Eso es mas creible y menos horroroso, dijo Ida, que sin embargo continuaba temblando y apretándose maquinalmente contra el joven Arnoldo, que habia vuelto á su lado: pero este por primera vez de su vida parecia olvidado del objeto de su amor. Con la mirada fija, la frente mas pálida que de costumbre, y el aliento casi suspenso, atendia con todas sus potencias á la conversacion que se habia entablado.

—El señor baron de Charmey hace demasiado honor al demonio, dijo á su turno el erudito Tomás, cuando presume que desempeña con tal fidelidad las comisiones del Altísimo. Sabido es que aquel maligno enemigo de nuestras almas es un rebelde perlinaz, y si alguna vez nos dispensa aparentes beneficios, no cabe duda en que lo hace por cuenta propia, y siempre seguro de resarcirse con usura. Pero

no veo en la tradición de que se trata sino un cuento de viejas; nadie, que yo sepa, ha recibido nunca el tal donativo de la velada del helecho.

—Es verdad, dijo otro interlocutor, que la tía Andrea pasó en el camino de Evi toda la noche vispera de San Juan hace dos años, y solo sacó de allí una pulmonía que la llevó al sepulcro algunas semanas después.

—Y el pastor Lami, añadió una zagala, ha hecho la velada tres años seguidos, y tan pobre se está como se estaba.

—¡Jesus María! exclamó otra, ¿con que hay quien desee el oro hasta de mano del diablo?

—¡Dios nos preserve! dijo santiguándose Nicolás Bull, pero por desgracia es cierto que existen muchas gentes que no reparan en nada cuando tratan de enriquecerse, y que si no se venden al diablo es porque el diablo no quiere comprarlas por el precio en que se estiman ellas.

—¿Qué teneis, Arnoldo? preguntó en aquel instante Ida á su jóven amante. Estabais pálido, y ahora parece que quiere saltar la sangre de vuestra cara. El pago nada respondió: evidentemente todo su ser estaba concentrado en un pensamiento único. Su estraña preocupación debió ser notada por el barón, pues tenía clavados en él sus grandes ojos color de venturina, cuando pronunció estas palabras.

Como la conversacion que hemos entablado pudiera afectar á las personas escesivamente nerviosas é impresionables que se hallen entre nosotros, os ruego, mis buenos amigos, que cambiemos de asunto; mas permitid que os diga antes que aunque vosotros los poseedores de la tradicion no teneis noticia de ningun hecho que la acredite, yo, con pertenecer á una clase que apenas tiene conocimiento de ella, puedo atestiguar su verdad con un ejemplo muy respetable.

Todas las miradas se fijaron con ardiente curiosidad en el semblante del barón, y echando él de ver que se esperaba con ansiedad la relacion del suceso que acababa de indicar, atizó la leña, tosió por dos veces, para desembarazar su garganta y aclarar su voz, y se esplicó en estos términos.

(Continuará.)

G. G. DE ÁVELLANEDA.

Origen de las cartas de juego.

Mucho es lo que se ha escrito acerca del origen de las cartas de juego, sin que se haya estado nunca verdaderamente de acuerdo, ni acerca de su invencion, ni del pueblo á que esta deba atribuirse. Vamos á ocuparnos nuevamente de esta investigacion curiosa.

El abate Hiles dicen que se usaban ya en España hácia el tercio del siglo XIV, fundando su opinion en la prohibicion de jugar dinero á las cartas ó á los dados, hecho por los estatutos de una orden de caballeria llamada la orden de la Banda, establecida hácia el año 1332 por Alfonso XI, rey de Castilla.

Otros autores atribuyen su invencion á los alemanes. Curt de Gibelin las hace provenir de los antiguos egipcios. No obstante, otros quieren decir, con algun fundamento, que ha sido Francia su cuna. Algunos cronistas la hacen elevarse al reinado de Carlos VI, diciendo que fueron inventadas para procurar algun distrainiento á este príncipe cuando le dejaban intervalos de tranquilidad sus accesos de locura: á tal entretenimiento se llamaba entonces juego del rey.

Segun los mismos cronistas, el juego llamado *juego de los cientos* fué inventado por Carlos VII.

David, rey de espadas, sería, segun ellos, Carlos VII; Carlos, rey de oros, sería Carlomagno; si bien nada precisan acerca de César, rey de copas, ni de Alejandro rey de bastos. No obstante debe creerse que se ha querido, bajo estos nombres, hacer alusion á dos soberanos franceses: primero, porque las pelucas, las prolongadas cabelleras y los respuntes con que se representa á estos dos reyes, no se asemejan de suerte alguna á los rajes de los dos héroes de Roma y Macedonia, cuyo nombre llevan; y además porque en las cartas mas antiguas que se conser-

van se hallan siempre flores de lis en los mantos reales de los reyes de bastos y de copas.

Argine, sota de bastos, y el anagrama de *Regina*, representa la reina María de Anjou, muger de Carlos VII; Raquel, sota de copas, es Agnes Sotel; Palas, sota de espadas, es la casta y guerrera Juana de Arco; y Judith, sota de oros, es la emperatriz del mismo nombre, muger de Luis el Benigno.

Laliure, caballo de oros, es un gran capitán del tiempo de Carlos VII; Hector, caballo de copas, es Hector de Gallardun, otro célebre guerrero del propio reinado; Ogier, caballo de espadas, es un héroe de tiempo de Carlomagno; y Lancelot, caballo de bastos, es tambien otro capitán notable de la misma época.

Los cuatro caballos representan por lo tanto á la nobleza.

Los nueves, los ochos y los sietes representan los soldados.

Los ases significan la plata y las riquezas, de la palabra latina *as*, que entre los romanos designa una moneda.

Los seises, los cinco, los cuatros, los treses y los deses, llamados cartas bajas, no existian en aquel reinado; dícese que fueron inventadas posteriormente para representar al pueblo.

Los oros eran el símbolo del valor de gefes y soldados.

Las espadas indicaban las armas que debian servirles para su defensa.

Los vastos representaban los forrages y las provisiones del ejército.

Las copas eran tambien flechas terminadas por una punta de hierro en figura romboidal y que eran lanzadas con la ballesta.

LA PESCA DE LAS PERLAS.

Muchas son las personas que se lanzan á empresas peligrosas, movidas de la esperanza de procurarse objetos, á los cuales dan los hombres grande valor; pero la industria de que vamos á hablar, escita la admiracion hasta el último extremo. ¿Quién no conoce las perlas, esas blancas y magníficas sustancias de las cuales se hacen collares, pendientes y adornos de tantas clases? Difícil sería presumir que estos elegantes y admirados objetos se encuentren en la concha de una ostra. En algunas costas de Inglaterra hay moluscos que producen perlas, pero donde se encuentran las mas bellas, bien que siempre desiguales, es en los mares de Indias. Créese que las perlas tienen su origen en una enfermedad del animal que las produce.

Los pescadores se procuran las ostras sumergiéndose en el mar. Diríjense muchas veces en bote á un sitio profundo, unos se sumergen en el fondo y recogen con toda la prontitud posible las ostras, que guardan en un saco pendiente de la cintura; cuando les falta la respiracion hacen señal por medio de la cuerda que tienen atada al cuerpo desde el buque, para que les suban; entonces reposan mientras otros los reemplazan, sucediéndose así todo el día. Como sería no solo muy enojoso, sino tambien operacion larga, abrir las ostras una á una, se echan todas reunidas en un hoyo, donde no tardan en corromperse y entonces las conchas se abren por sí solas; despues las recojen y las layan para examinarlas.

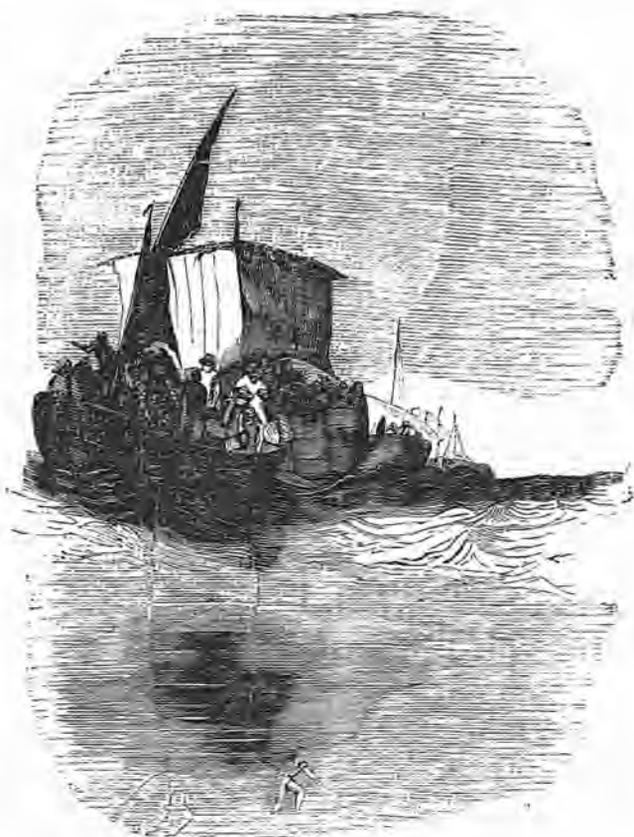
En este estado se limpia tambien la materia corrompida, que es á su vez escrupulosamente examinada, porque entre ella suelen escaparse las perlas mas preciosas.

Este trabajo, es al mismo tiempo penoso y enfermizo. El olor que exhala esta materia corrompida, además de desagradable es insano: por otra parte, sucede con frecuencia, que rondan al redor de aquellos lugares peces grandes y voraces, tales como los tiburones, los cuales se apoderan de los infelices operarios, que aun cuando escapen de los dientes de estos monstruos, alcanzan siempre una muerte temprana, á causa de los esfuerzos que hacen para retener la respiracion.

Apenas salen del agua cuando empiezan á echar sangre por las narices, la boca y los oídos. Poco se piensa ciertamente cuando se admira la belleza de una perla, en los peligros que corren los que nos procuran este objeto inútil.

Lo que se llama nácar de perla, es la sustancia interior de la concha de la perla y de otras de diferentes especies. El exterior, que es áspero y sólido, se lima hasta la aparición del nácar, que es de una transparencia magnífica, y re-

fleja la luz sobre los mas brillantes colores. Los chinos son mas hábiles que nadie en la fabricación de objetos de esta sustancia; ellos les dan un esmalte y una belleza que no han podido aun conseguirse en Europa.



Secreto para vivir muchos años.

Hace algun tiempo, dice un autor alemán moderno, lei en los periódicos que cerca de Roma habia muerto un hombre á la edad de 120 años, que jamás habia estado enfermo, y que durante su larga vida no habia tenido un rato de mal humor. Escribí inmediatamente á Roma para saber si en el método de vida del anciano, habia algo de particular que hubiera influido en la prolongacion de una existencia tan dichosa; la respuesta fué en estos términos:

«El hombre por quien preguntais, habia sido muy metódico, no comia ni bebia mas que lo necesario para vivir y jamás desde su infancia habia cometido un exceso.»

Tomé, pues, nota de esto un en librito en que acostumbraba á escribir generalmente aquello de que queria conservar un recuerdo. No tardé mucho en leer en otro periódico que en las inmediaciones de Stockolmo, acababa de fallecer á la edad de 115 años una muger que habia vivido siempre dichosa y sin ninguna enfermedad. Escribí sin pérdida de tiempo á Stokolmo, preguntando cuál era el medio empleado por la difunta para alargar sus dias, conservando la salud; la contestacion fué:

«Vivia con mucho método, tenia costumbre de lavarse todos los dias la cara, los pies y las manos con agua fria, y cuando se la presentaba ocasion tomaba un baño; no bebía ni comia manjares delicados, salados ni dulces; rara vez tomaba café, y jamás probaba el vino.»

Tomé tambien nota de esta respuesta, á la que tuve pronto ocasion de añadir otra relativa á un anciano muerto en San Petesburgo á los 130 años.

«Se levantaba temprano, me contestaban desde aquella capital para satisfacer mi curiosidad, no dormia mas que siete horas, ni tenia nunca pereza; trabajaba al aire libre,

principalmente en su jardín. Ya fuese andando, ya de pié, no se inclinaba nunca á los costados, sino que se sostenia siempre derecho, y despreciaba las costumbres de lujo afeeminado, de la época presente.»

Estos casos me hicieron reflexionar que era preciso ser muy loco para no aprovecharse de tales ejemplos. Escribí pues, todo lo que sabia de estos dichosos centenarios en un papel que pegué á mi pupitre, á fin de que teniéndole constantemente á la vista, pudiera servirme de guia de la conducta que me convenia seguir. Todos los dias por mañana y tarde leo el contenido de mi cartel, y me atengo á ello para saber lo que debo hacer, ó de lo que debo absterme, con lo cual me vá perfectamente y gozo de buena salud.

ADVERTENCIA.

Los suscritores de provincias por tres ó seis meses, cuyo abono concluye en fin del corriente, ó sea en el número próximo, se servirán renovar con tiempo, á fin de que no esperimenten interrupcion en el recibo del periódico.

Direccion, Redaccion y Oficinas calle de Jacometrezo, número 26.

MADRID. Un mes 4 rs. seis 20. Un año 36.-Librerías de Pereda, Cuesta, Monier, Mulet, Jaimeson, Gaspar y Boig, Poupart, Villa, Baili Balliere y la Publicidad, Holografos de Pellegrini y de San Felipe Neri.

PROVINCIAS. Tres meses 14, Seis 24.-Remitiendo en libranza sobre correo franca de porte, á favor de la ADMINISTRACION DEL SEMANARIO, calle de Jacometrezo, n. 26, ó en las principales librerías.